

## La creatividad se desborda

La Tercera Sinfonía de Beethoven es un ejemplo de la forma que se adapta perfectamente al contenido. La Cuarta es un ejemplo de lo opuesto: la forma que no se adapta al contenido. Beethoven estaba en pleno proceso de composición de la sinfonía que conocemos como la Quinta cuando le llegó una generosa comisión para una sinfonía que tenía que estar lista en menos de tres meses. La comisión venía del Conde Franz von Oppersdorff, amigo del Príncipe Lichnowsky, uno de los principales benefactores de Beethoven. Este había escuchado la *Segunda Sinfonía* del compositor en casa de Lichnowsky y había quedado muy impresionado. Afortunadamente, después de dar a luz la inmensidad de la “*Eroica*”, Beethoven estaba en un estado de euforia creativa. Este período fue extraordinariamente productivo, en el cual compuso obras como el *Triple Concierto*, el *Cuarto Concierto para Piano*, el *Concierto para Violín*, los *Cuartetos Rasumovsky* y muchas más. Con tanta música en la cabeza no podía dejar pasar esta oportunidad de ganarse una buena comisión y aceptó escribir una sinfonía en muy poco tiempo, comparado con lo que normalmente le tomaba componer este tipo de obra. Sin embargo, la terminó en menos de dos meses.

Cuando uno se imagina el proceso de creación de una obra de arte se hace evidente que implica mucho más trabajo no sólo crear el contenido de la obra sino también crear la forma. Mucho más fácil es tomar un formato ya conocido y llenarlo con ideas creativas. De esta manera nunca hubiera salido la Sinfonía “*Eroica*” o el techo de la Capilla Sixtina, a pesar que hubiera podido resultar algo muy atractivo de todos modos. Uno se imagina que esta forma de trabajar facilitaría la extraordinaria productividad de un genio como Mozart, por ejemplo, quien pudo componer tres extraordinarias sinfonías en seis semanas. Pero el sentido de la creación Beethoveniana es la acción, no el mero disfrute emotivo y estético. Las ideas de Beethoven rompen esquemas, por eso requería de un intenso trabajo para darle forma a esas ideas de manera que canalizaran efectivamente la acción.

La Cuarta Sinfonía es un fascinante ejemplo de lo que pasa cuando la forma no está adecuada a lo explosivo del material creativo que contiene. Pareciera que la música está en una camisa de fuerza, quiere desbordarse pero no se le permite. En el primer movimiento se presenta un tema tras otro, al estilo de la “*Eroica*”, pero el formato es tan “correcto” que no hay espacio para un desarrollo cónsono con la riqueza del material. Sin embargo, Beethoven logra expresar esa afirmación de su individualidad con la cual siempre culminan sus primeros movimientos sinfónicos.

El segundo movimiento se desarrolla más plenamente, con extraordinarias líneas melódicas de largo aliento que conviven con un motivo rítmico obstinado e implacable. Se dice que Beethoven no era un compositor esencialmente melódico, pero aquí tenemos una demostración más de que sí podía crear líneas musicales inspiradas. Si muchos de sus temas no son así es porque los quería y los creaba de esa manera. El contraste de la melodía con un pulso rítmico se encuentra con frecuencia en los movimientos lentos de Beethoven. En general, la melodía representa la expresión de emociones y deseos personales que debemos armonizar con el pulso de nuestro destino interno. En este movimiento, como siempre sucede con Beethoven, el ritmo del destino termina imponiéndose y dominando.

El tema principal del tercer movimiento parece querer abrirse camino dando codazos a diestra y siniestra, y tiene una maravillosa y violenta energía. Beethoven baila con sus demonios en la parte que uno piensa debería llamarse Scherzo, pero tiene la indicación contradictoria de “Menuetto. Allegro vivace”, usando un molde tradicional. Nunca he podido entender esa nomenclatura para la música endemoniada de este movimiento. El Trio es contrastado, con una indicación de tempo “Un poco meno Allegro”, en el cual la melodía es contemplativa, recordando al Trio de la Séptima Sinfonía, una analogía quizás apta para toda la obra.

El cuarto movimiento es una explosión de energía cinética. El problema es que pareciera no tener una dirección bien definida. Al final llega a un clímax sorpresivo, una especie de eyaculación precoz que nos deja exhaustos y desconcertados, requiriendo un “sobre-cierre” con el cual el compositor parece estar tan extrañado como nosotros.

Maravillosamente espontánea y salvaje es la Cuarta, a pesar de la camisa de fuerza que la envuelve. Como un león enjaulado; puede uno admirar su belleza, pero no logra imaginarlo corriendo libremente en la planicie africana. Lo mejor que podemos hacer al interpretar dicha obra es tratar de expresar al máximo esa energía salvaje con una actitud agresiva contra el formato que la aprisiona: romper al máximo la estructura clásica, doblar las barras de la jaula. Para ver al león liberado plenamente tendremos que esperar la Séptima Sinfonía.